

Ángel Luis Serrano

Zamur el zagal

Un bereber en Hispania

editorial



cuarto
centenario

*A mis nietas Sara y Áneu, con el cariño
que mece el viento de su futuro*

Introducción

Durante los largos veranos que pasaba en el pueblo de mis abuelos, padres y numerosos familiares, situado en la provincia de Toledo, en la comarca de La Sagra alta, próximo a Madrid capital, nunca pensé que escribiría un libro sobre el pasado remoto de aquellas tierras.

No me ha supuesto ningún esfuerzo recordar el espíritu de un terreno árido y polvoriento, ni la grandeza de los hombres herederos de una civilización antigua para convertirlo en campos florecientes repletos de espigas rebosantes.

Este libro es el relato histórico en una crónica novelada.

Una novela histórica sustentada en los avatares convulsos durante los siglos VII y VIII, en el alborear de una nueva cultura. con exiguos documentos conservados.

El expansionismo musulmán traspasó mares, montañas y desiertos, eliminando dogmas, creencias y ritos paganos, unificando bajo sus estandartes etnias y poblaciones asentadas en atávicos territorios.

Aquellos guerreros musulmanes sustentados por el éxtasis producido por el ejemplo del Profeta Mahoma en la tierra, se adueñaron en sólo dos años del suelo hispano.

Al Imperio romano le costó más de doscientos años completar la misma conquista.

He obviado utilizar el menor número posible de palabras árabes. Al contrario, conscientemente he procurado, sin exageración, utilizarlas en el contexto de momentos puntuales, fiel reflejo de una época en nuestro devenir.

El libro contiene nombres de personajes reales, históricos y de numerosas tribus árabes oriundas de fértiles valles y llanuras pedregosas donde el viento barre sus huellas.

Lo atrayente de la vida de nuestro protagonista *Zamur el Zagal* no radica en su propia supervivencia desde las montañas del Rif durante el siglo VIII, sino en los numerosos lances que sorteará en la ciudad de Kairouán, capital de Ifriquiya (actual Túnez), hasta su muerte en un vasto núcleo agrario creado por él mismo en la antigua Toletum. En Hispania.

La tentación de narrar con rigor nuestra procedencia no está exenta de dificultades. Los hitos de un pasado histórico son difíciles de escrutar, al intentar encontrar origen, causas, dudas e interrogantes.

Los hechos acaecidos en épocas remotas suelen ser un condicionante para la narración de los mismos, pues la imaginación nos suele jugar malas pasadas, distorsionando por completo los sucesos ocurridos transformándolos en pesadillas de sueños nocturnos.

La identidad de los pueblos y la de sus habitantes, corre paralela al conocimiento de su origen. Las personas somos la cara visible de esa identidad adquirida.

Mi pasión por la historia fue el impulso que me llevo a desarrollar la inquietud necesaria por el conocimiento del tiempo ignorado.

La prolija historia de los pueblos de España no se puede sustraer a los avatares de los tiempos, generalmente convulsos, ni a los vaivenes personales.

Una tierra forjada en la crueldad manifiesta de sucesivos invasores, supo sobreponerse con el paso de generaciones, bajo el hechizo de un loable espíritu inconformista y rebelde.

Sin prejuicios, este libro es un memorial a la historia retrotrayéndome a un pasado histórico. Un tributo a un pueblo, a sus orígenes y a todos sus moradores.

Prólogo

Me complace presentar al lector una obra surgida del amor a la historia y la nostalgia del autor por sus orígenes. Con un estilo diferente y un denso bagaje de búsqueda en fuentes secundarias. Ángel Luis Serrano nos traslada a una época trascendental en el devenir de las tierras de la antigua Hispania romana: la invasión musulmana de la Península Ibérica y sus consecuencias.

El desarrollo de su relato reúne los hechos históricos y la ficción literaria, pero lo hace de un modo sutil e ingenioso. Su trama se desliza sin deteriorar los conocidos y relevantes datos de la época, utilizando como protagonista a un personaje ficticio cuyo recorrido permite ir desgranando los detalles de aquellos sucesos. El joven Zamur es, pues, un trasunto del Lazarillo, cuyos ojos nos sirven para detectar la compleja operación que acabó con el reinado visigodo, mediando la complicidad de los traidores (ay, aquel primer reino hispano tan cainita como la España posterior!). Desde la zona escarpada del Rif africano, un jovenzuelo bereber inicia un camino que le conducirá a vivir los hechos más trascendentes de la islamización de Hispania.

Los principales hitos de su recorrido vital comienzan con la inesperada aparición de quien iba a ser su mentor y continúan con la incorporación a la sociedad musulmana, su adaptación a los hábitos y tradiciones de esta, el progreso y la pujanza personal, hasta alcanzar un envidiable estatus que le permite fundar una estable y próspera familia. Todo ello conforma una línea de ficción paralela en el relato, mientras el itinerario histórico discurre a su vez informando sobre la ayuda solicitada por el entorno enemigo del rey Rodrigo, la traición, los desembarcos, los jefes militares, la expansión peninsular, los grandes hechos de armas y la importancia de algunas ciudades. Serrano se recrea especialmente en Toledo y la comarca de La Sagra, donde se encuentra el antiguo municipio de Azaña, ascendencia de este médico madrileño con vocación de escritor y humanista. El perverso y ridículo atropello al topónimo de esa población, llamada Numancia de la Sagra tras el fin de la Guerra Civil para eliminar el anterior que recordaba el expresidente de la República, es a mi parecer el mecanismo que llevó a nuestro autor a iniciar este esforzado trabajo.

He de añadir que sorprende el conocimiento del mundo religioso y político del islam que demuestra en su narración. los amplios detalles de su historia y sus costumbres, añadiendo en cada episodio la descripción de los personajes y su lugar en el entramado de la expansión musulmana bajo el control supremo del califato, ofrecen una información que los lectores observarán con curiosidad y agrado.

Así como la visión de un conjunto de hechos históricos de nuestro país que habitualmente conocemos desde la posición visigoda y que Ángel Luis Serrano traslada al ámbito de quienes llegaron para unas breves operaciones militares y acabaron por transformar la Península Ibérica en su AL-Ándalus, alterando y modificando la sedimentada cultura hispanorromana que tanto costaría recuperar. Únase a esto el laborioso esfuerzo de incorporar al relato la modificación toponímica, hoy vigente, a la que fueron sometidos los antiguos enclaves romanos, especialmente en el extremo sur peninsular y la antroponimia árabe de los personajes del drama.

Estoy seguro de que este esfuerzo se verá recompensado con el favor de la lectura y el deleite de sus aventuras y acontecimientos. Déjese llevar el lector por el asunto y la trama y goce de la mucha ilusión y el toque de creatividad del autor, necesario para elaborar esta historia tan ligada a nuestras raíces.

Juan José Ferrer Maestro
Catedrático de Historia Antigua
Universitat Jaume I



Al Arrif

Pasaba largas noches de interrogantes, dudas e incertidumbres. Tenía dificultad para dormir. Quizás fuese la oscuridad, la soledad, el hambre o quizás por todo ello. La oscuridad y la soledad las había ido sorteando con desigual fortuna conforme pasaban los años, pero el hambre se le hacía penosamente insoportable.

Con más frecuencia de la deseada recordaba como durante noches enteras sin dormir, cuando el sueño no llega, cansado pero despierto, en una eterna agitación y zozobra, dando vueltas y más vueltas, girando sobre sí mismo, en un frenético vaivén de temor y congoja, su débil cuerpo infantil temblaba ante el miedo que le producía la negra oscuridad, ahogándose en su propio pánico, sin poder emitir ni un débil quejido, ni un solo grito doloroso.

Vivía en una pequeña gruta incrustada en las entrañas de un promontorio rocoso, en la ladera de una empinada colina, próxima a la de unos supuestos familiares.

Huérfano, no había conocido a su padre ni a su madre, ni sabía dónde había nacido, ni recordaba el tiempo que llevaba en aquel lugar. Por dudar, dudaba de su propio nombre, y de su

edad, tampoco lo sabía con certeza. Ya no era un crío, aunque nunca le habían tratado como a un niño.

Desconocía por completo que grado de parentesco tenía con ellos. Oscuros resquemores de tiempos pasados se reflejaban en el trato frío, distante y malhumorado, agresivo en ocasiones, que le dispensaban a diario.

No sabía que era un beso, una caricia, una palabra cariñosa ni una sonrisa complaciente.

En los peores momentos, como en una repentina tormenta, le acompañaban burlas y desprecios, en unos días sin fin.

En la atmósfera de la lóbrega estancia de agresiva oscuridad donde mal vivía, sin filtrarse ni un hilo de luz, flotaba una morbilidad latente.

Sus ojos, grandes y oscuros, enmascarados en la negritud de la noche, se tornaban vacíos en la pequeña gruta. Se habían acostumbrado a vislumbrar las paredes negras rocosas del algar natural camuflado como íntima morada.

Deseaba la caída de la noche para poder disfrutar del silencio dando rienda suelta a sus deseos y fantasías, conjurando penosos maleficios.

Con frecuencia se debatía temeroso y angustiado con sus propios pensamientos, sintiendo la garganta reseca y la boca humedecida por unas gotas de sudor resbaladizo, al tiempo que la tristeza brotaba de su alma infantil.

Recostado o tendido sobre unos jergones de paja, la espalda cargada de frustraciones y desasosiegos, no le facilitaban conciliar un sueño largo y profundo, sin comprender, en sus miedos, que la oscuridad alberga las mismas cosas que en la luz; solo que no podemos verlas.

Quizás fuese el hambre el causante de su vigilia forzada en noches de intensos y múltiples recuerdos. Le había ocurrido en otras ocasiones. Conocía el dolor, la sensación angustiosa y apremiante de la necesidad de llevarse a la boca algo más que un recipiente repleto de agua y de hierbas arrancadas del suelo cocidas al fuego durante largo tiempo.

Durante la duermevela, una serie de extrañas sensaciones salían a la superficie. Agitadas pesadillas se apoderaban de él por la presencia de numerosos animales agigantados con expresiones agresivas y amenazantes, sintiendo como los temblores recorrían su cuerpo llegando a agarrotarle, e incapaz de moverse, paralizado por el miedo, se despertaba asustado, sudoroso, inquieto y confuso.

Los momentos posteriores a las torturadoras visiones se le hacían interminables sin percibir con claridad la realidad en la que se encontraba. Un nudo se apoderaba de la garganta, una opresión se asentaba en su pecho, la falta de aire le impedía respirar, el sudor impregnaba su cuerpo y la angustia daba paso al miedo que sentía al verse aterrado por el pánico.

La penosa sensación de vacío llegaba a hacerse dolorosa. Entonces, se tumbaba boca abajo, y apretándose con sus manos infantiles el estómago contra el suelo, encontraba algo de alivio, llegando a dormirse entre sueños de esperanza.

Permanecía despierto hasta muy entrada la noche. A pesar de su sueño quebrado y de su debilidad física, no disminuía su capacidad de imaginar, de soñar, de fantasear cómo sería vivir en un lugar diferente, en un mundo distinto, en su mundo imaginario.

El alba le despertaba con sus deseos frustrados, arrastrando interminables horas hasta la puesta del sol.

Buscaba con desespero la luz diurna del amanecer y de la naturaleza viva, alejándose con rapidez, abatido y cabizbajo, de la gruta negra y de sus largos desvelos nocturnos.

Cansino al despertar, al levantarse se enfrentaba a las primeras luces del día con una profunda sensación de indefensión acentuando su malestar y aislamiento.

Todas las mañanas, durante largas caminatas, buscaba ansioso las trampas colocadas estratégicamente, ávido por encontrar la pieza deseada.

En sus frecuentes decepciones, hacía un prolongado alto en su búsqueda apremiante. Al amparo del espesor del bosque, filtrando el luminoso azul del cielo y los abrasadores rayos del sol,

caía rendido en la soledad por el cansancio y la pérdida de sueño nocturno.

Agitado, recordaba haber oído a hurtadillas bajo el manto de las estrellas, siguiendo la tradición oral de las tribus rifeñas, al venerable anciano hablar con orgullo y pasión, en voz muy baja, de sus abuelos, padres y hermanos descendientes de la raza natural de Berbería.

Mirando la luz desprendida de las estrellas en la distancia, describía con detalle y profundo conocimiento una vasta región de tierra situada entre infinitos desiertos y grandes mares. De inmensos macizos montañosos. De violentos y escarpados acantilados. De suaves colinas que terminaban en vastos campos verdes que iluminaban los ojos de los hombres. De serranías de color rojizo donde el terreno se encuentra abandonado, yermo y desnudo de vida, plagado de lechos de ríos sin caudales.

...Los hombres de todas nuestras tribus nos habíamos acostumbrado desde que nacíamos a las penalidades, a beber agua parca y amarga, a comer los alimentos incrustados de fino polvo, a sufrir la enloquecedora irritación en los ojos de la arena, al frío intenso, al calor y al brillo cegador de la luz en una tierra sin sombra ni nube, soportando la soledad del desierto.

Hablaba sin parar, casi sin respirar, preso de la emoción que le embargaba, de la región aislada, de *al Arrif*, conocida como el Rif del Norte de África.

Le gustaba la sencillez de sus palabras y el eco de sus vocablos resonando en su mente despierta hasta que la luz del alborcer anunciaba un nuevo día.

Dando vueltas y más vueltas en su desesperada duermevela, recordaba haber asistido algún tiempo atrás, escondido detrás de un gran fardo de paja para alimentar a un viejo borriquillo en el interior de una cueva profunda, a varias ancianas y a una mujer mucho más joven que ellas, sin la presencia de ningún hombre, abrazarse antes de comenzar a hablar de otra mujer, ya desaparecida, de abundante y larga cabellera de color negro como el tizón.

Una de ellas, decidida a hacerse entender, introdujo su mano en los restos de una hoguera extinta, y cogiendo unas cenizas del fuego abandonado, con los dedos totalmente negruzcos, plasmarlos en la cara y en el pelo de una niña pequeña asistente a la reunión, ante las risas y carcajadas del resto.

Otra, sin bajar la voz, la comparaba con la negrura del cabello, de “aquella mujer muerta a los pocos días de nacer su hijo”, “de ese delgado y desgarrado crio al que se le ven los huesos al caminar descalzo”, “de pelo negro y ondulado del que cuidan...” y allí escondido, sin escuchar ningún nombre, entendió a quién se referían.

Paralizado, petrificado como las rocas oscuras que le rodeaban, supo en ese instante, por qué no había conocido a su madre.

Continuaron hablando y hablando, como si el tiempo no existiese, no de su madre, sino de otra mujer, una gran mujer, bella en su juventud, madre de tres hijos, adivinadora del futuro, casi hechicera...

Si cerraba los ojos, sin poder conciliar el sueño, podía escuchar la voz vigorosa del viejo bereber rasgando el silencio de la noche, proyectando la luz de sus sentimientos sobre los asombrados moradores enardecidos momentáneamente por las agitadas palabras del contumaz cabileño.

También solía recordar como con frecuencia, en una pequeña explanada al inicio de la empinada colina, unos cuantos hombres y mujeres vinculados por lazos tribales congregados al aire libre al abrigo de una fogata, reunidos alrededor de una pequeña fuente de Thamrikt adulterado, (donde era difícil encontrar algunas habas flotando entre pequeñas manchas de aceite nadando en agua), oyendo silenciosos la voz encendida del longevo bereber, repitiendo una y otra vez: no somos árabes, ¡no somos árabes!

...¡Somos bereberes! ¡Hombres libres! Exclamaba con ardor.

...Desde tiempos remotos procedemos de dos grandes grupos. Todos unidos formando nuestro gran pueblo, orgullosos de nuestra raza...

Se tomaba un respiro para poder continuar.

...Los *al-Butr*, los de los vestidos cortos, les llamaban. Las tribus Nafza y Miknasa pertenecían a ese grupo.

...El otro grupo, los *al-Baranis*, los de los vestidos largos, más numeroso, integrado por las grandes tribus Kumata, Masmuda, Sanhaya, Zenata ...

...Cada una de estas, reúnen a clanes menos numerosos, procedentes de otros territorios más allá de las grandes montañas que nos ocultan nuestros ojos.

...Todos, hombres y mujeres, creíamos en nuestros dioses que eran honrados por todas las poblaciones locales vivieran en desiertos, valles o montañas.

...Nuestra devoción se transmitía de boca en boca, de generación tras generación. Los bereberes, orgullosos, nos diferenciábamos de otros pueblos por honrar a nuestros muertos. En vida, se veneraban a los que nos dejaron en paz con ellos mismos o en el campo de batalla.

...Era frecuente contemplar en las cuevas o en los muros rocosos de las colinas representar sus figuras. En la albarrada de grutas y cavernas resaltaban sus formas, sus semblantes, con delicadeza, con pureza.

...Divinizábamos a los espíritus de nuestros antepasados, jurábamos por ellos y consultábamos a sus espíritus.

...Mis padres, los padres de mis padres, todos, durante tiempos inmemoriales, tenían la costumbre de dormir en sus tumbas esperando a que les respondieran en sus sueños.

En la distancia, nadie percibía las lágrimas resbalando por la cara del anciano bereber mientras escuchaban la voz entrecortada, compungida, de quien continuaba hablando de un gran hombre que luchó hasta la muerte contra la expansión árabe musulmana.

Se llamaba Kusalia, el jefe bereber de la tribu awraba, líder de la confederación Sanhaya (la gente de los oasis) del *lugar donde se pone el sol* (el Magreb).

Bajó la voz cuando recordaba, como al principio, el gran jefe con sus huestes, aceptó el islam con la promesa de una plena

igualdad de los bereberes con los árabes, se unió a la fuerza de la expansión árabe participando de sus exitosas conquistas.

...pero apareció el general del califato Omeya, *Uqba Ibn Nafi*, el fundador de una gran ciudad a muchos días de camino de nuestras tierras, cuyo desprecio hacia los bereberes será recordado para siempre en la memoria de nuestra comunidad.

...feroz, brutal y sanguinario. Esclavizaba a las personas, fuesen combatientes o pastores indefensos; les cortaba partes del cuerpo para darles una lección a todas las tribus que se enfrentaban a su ejército. ¡¡Que su dios y nuestros dioses le maldigan para siempre en la memoria de todos los hombres¡¡

Tras un largo paréntesis, como si el nombre del odiado, nublara sus pensamientos, continuó hablando de:

...Dihia, la gran dama esbelta, de exuberante presencia, de una mujer reina y guerrera bereber Zenata, de la tribu de los Deyrawa. Unos, pobladores sedentarios, otros, nómadas dedicados a las actividades pastorales y trashumantes, principalmente paganos “habitantes del campo” adorando a sus dioses, rechazando la creencia de un Dios único.

La llamaban al-Káhina. *La sacerdotisa*. Recordada con veneración y orgullo, como la cabeza visible de la resistencia del pueblo bereber contra la invasión árabe, luchando por sobrevivir a la arrolladora expansión islámica.

Los árabes, derrotados en numerosas batallas por el coraje y el valor de esa gran mujer, llegaron a creer en una hechicera que podía predecir el futuro ante los continuos fracasos por derrotarla.

A esta reina de los dioses, protectora de la familia, admirada por su belleza, de abundante y negra cabellera, ya viuda, lideró la resistencia de las tribus bereberes tras la muerte del jefe bereber Kusaila, asesinado por los refuerzos árabes ávidos de venganza por las numerosas pérdidas sufridas con anterioridad, tras derrotar y dar muerte al sanguinario general Uqba.

El avejentado bereber continuaba su disertación ante los atónitos oídos de los oyentes:

...durante generaciones hemos sido libres. Ahora nos han esclavizado. Queremos volver a ser libres. Los campos y las tierras nos pertenecen. No queremos vernos reclusos entre las rocas como si fuéramos prisioneros de por vida. Queremos vivir libres. Nunca nos rendiremos. Jamás entregaremos las armas. ¡¡Jamás!!.

Con la pasión de un antiguo guerrero, el anciano narraba como fueron cayendo en el campo de batalla muchos miembros de las tribus de las que había hablado antes, repitiéndolas una a una, con parsimonia, recreándose en las palabras, los nombres de las tribus rifeñas grabados en su dilatada memoria:

...Gomara, Masmuda, Kutama, Zenata, Deyrawa, Nafza,... Todos sus miembros, luchando por sobrevivir, defendieron con sus vidas el territorio bereber en numerosas y sangrientas batallas contra la invasión árabe.

Describía como los bereberes para defenderse de sus invasores, practicaron la táctica de la tierra quemada, arrasando campos, cosechas y viviendas antes de que cayeran en manos hostiles. Esta forma de luchar contra el invasor ocasionó divisiones, desertiones y traiciones, llegando algunos jefes de tribus a informar de todos sus movimientos a los árabes victoriosos, precipitando una derrota anunciada.

...¿Murió combatiendo ferozmente la heroína zenata? ¿Fue hecha prisionera y humillada en público? Se preguntaba apesadumbrado el longevo cabileno.

El final de la heroína apesadumbró a todos los congregados:

...muerta y decapitada, su cabeza fue llevada al califa omeya de Damasco.

Sentados en cuclillas, escuchaban con admiración las palabras del rifeño entrado en años, detallando con minuciosidad las características profundamente arraigadas de un pueblo de agricultores y pastores, tradicionalmente sedentario, profundos conocedores de los vientos y las arenas cambiantes del desierto, celosos de su territorio y de su independencia durante tiempos remotos, de sus habilidades comerciales y guerreras.

De su forma de vivir y sentirse libres.

A veces con sobresaltos, con frecuencia y la voz quebrada por la emoción, repetía incesante: ¡No somos árabes! ¡¡Somos bereberes!! ¡¡Bereberes!!

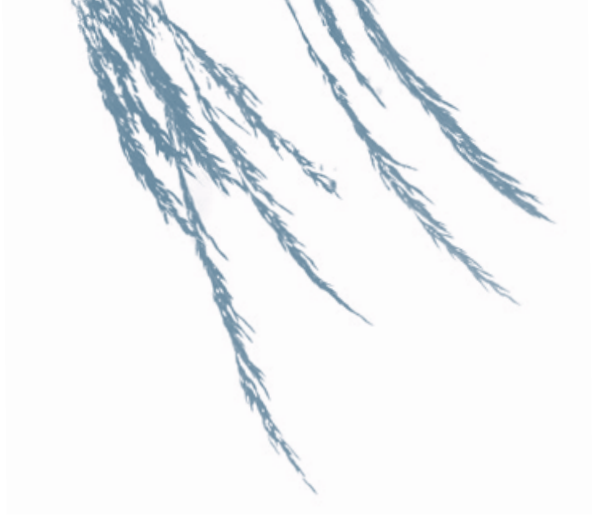
Observaba con detenimiento la mirada inquisitoria y sorprendida de los pocos moradores de las cuevas dispersas en la ladera de la colina donde vivían, dirigida al rejuvenecido cabileño, cuando éste les narraba en su enardecido alegato las luchas contra la nueva fe del Islám.

Difundida a sangre y fuego por árabes y sirios, fragmentó el carácter social profundamente enraizado en el pueblo bereber, penetrando en las costumbres y en las prácticas de las tribus vecinas durante más de tres décadas, destruyéndolas por la fuerza de la violencia o por lealtades forzadas, a las nuevas normas sociales y religiosas impuestas.

Aunque él no se hacía las mismas preguntas que el anciano, admiraba los avatares de la vida de la heroína, el trágico final de la hechicera diosa de la guerra y de la lucha, protectora de las numerosas tribus bereberes, como si se tratara de una idolatrada hada pagana.

Sin que nadie le hablara de ello, tenía la intuición de el porqué, su padre habría caído ante la fuerza arrolladora de los discípulos de Mahoma, bajo la espada árabe, durante los muchos años que les costó dominar el territorio bereber, pero... ¿Dónde? ¿Dónde murió? ¿Cómo habría sido? ¿En una dura y cruenta batalla? ¿Aseginado y descuartizado sin piedad por ese general? ¿Fue el jefe poderoso de un clan combatiente, o un simple guerrero, pastor o campesino obligado a combatir para poder salvar sus exiguas propiedades? ¿A qué tribu pertenecía?

Todas estas preguntas agitaban el vendaval de sus pensamientos en las numerosas noches de tormentosos sueños.



Zamur el Zagal

Como en otras noches, acomodado en el jergón de paja, en un rincón de la covacha, cubierto con una manta vieja y raída, no esperó al canto del gallo para poder evadirse de la oscuridad donde albergaba sus sueños, entrar en contacto con el relente de la fría noche en retirada y contemplar las estrellas en la inmensidad del firmamento.

Necesitaba respirar el aire frío y ver la salida del Sol.

Así, cuando comenzaba a despuntar, caminaba por estrechos senderos pedregosos en la penumbra del incipiente amanecer, alejándose con cautela de la hoguera moribunda que había acompañado la pasión del longevo bereber, al encuentro de caminos conocidos y veredas ocultas grabadas en su memoria.

Pasto era del rocío.

Muy a lo lejos contemplaba las accidentadas alturas del Rif salpicados de bosques repletos de cedros, robles y prinsapos.

Continuó su marcha por estrechas sendas emboscadas entre la maleza, comprobando con desazón como las débiles trampas colocadas días antes habían sido destrozadas por zorros o chacales.

En ese momento, se desvaneció su sueño de atrapar a algún animal que se pudiera cocinar, esfumándose el succulento guiso con el que pensaba mitigar parte de sus males.

Tras una larga caminata, con los primeros rayos del Sol, en el límite de un gran bosque poblado de encinas y alcornoques, como de costumbre se sentó mirando alerta en su derredor.

Los estridentes gritos de los milanos por encima de los alcornoques no le distrajo de su objetivo. Conocía cada pájaro, cada planta y hasta las huellas de las alimañas sobre los rocosos senderos.

A pesar de su corta edad, tenía paciencia y sabía esperar.

Al cabo de un buen rato, divisó a un halcón sobrevolar majestuoso un amplio claro libre de maleza situado en frente suyo. Frunció levemente el entrecejo al contemplar al ave rapaz, en pie, sintió como su cuerpo endeble se ponía en tensión, pues su dueño no debía de estar muy lejos.

Escudriñaba atentamente cualquier movimiento por minúsculo que pudiera parecer, no solo en las ramas de los árboles.

Paulatinamente, con lentitud, pasado un prolongado tiempo, notaba como se iba desvaneciendo la tensión acumulada, y entonces, bruscamente, apareció.

Una gran paloma torcaz entre las ramas de una encina era su objetivo y el del halcón acechando su presa. Sin perder tiempo se puso en pie, pues no estaba dispuesto a que le arrebataran su botín, ya que sería la única carne que podría llevarse a la boca en muchos días.

En ese instante el dolor difuso del hambre se acentuó y el recuerdo de la última comida casi le hizo desmayarse.

Cargó con destreza y rapidez su honda de badana gris de pelo de lobo, y confiado en su buena puntería, estiró al máximo su brazo y blandiéndola en el aire, la lanzó con todas sus fuerzas a su derecha, un poco por debajo de la copa del árbol.

Vio como unas ramas pequeñas se tronchaban por el impacto de la piedra y al no divisar a la paloma salió corriendo veloz esperando cobrar su pieza.

En su rápida carrera observó al halcón batiendo sus poderosas alas, sin captura alguna entre sus aceradas uñas, retirarse en el cielo luminoso.

Jadeante por la carrera, encontró entre las gruesas raíces de un robusto cedro a la paloma batiendo agónica sus blancas alas.

Tras un descanso, con la presa codiciada en sus manos, sonriente, se puso a desandar el camino para regresar satisfecho de su cacería, henchido de alegría, cuando un leve ruido sospechoso le hizo ponerse nuevamente en tensión.

Agazapado, rodeado de hojarasca y zarzales, esperaba atento cualquier sonido. Parecía intuirlo. Algo se movía a su izquierda. Lo vio. Llevaba su misma dirección.

Una silueta difuminada por la distancia se dirigía hacia él. Decidido, salió corriendo hacia su derecha bordeando el claro del bosque para no ser visto y...se los topó de frente, de bruces, cayendo entre unos brazos robustos.

Dos hombres vestidos con túnicas blancas cubrían su cabeza con una larga tela enrollada a su alrededor. La blancura de su vestimenta chocaba visiblemente con la espesura de sus barbas negras cubriéndoles la cara.

Unos ojos saltones le miraban amenazadores mientras sus grandes manos le sujetaban por los hombros con firmeza.

Estaba atrapado. No tenía escapatoria.

—Es un *amazigh*, (bereber) dijo uno de ellos.

—¿A qué tribu perteneces? Preguntó el otro.

—Si te contesta no te fíes. Todos los *imazighen* (bereberes) son unos embusteros. Dijo sentenciando el primero de ellos, avanzando con lentitud hacia él, intimidándole con su sombrías intenciones.

El pequeño bereber no dejaba de mirar a los dos hombres de arriba abajo, sin poder moverse, asido con fiereza.

—Quietos. Dejarle. Oyó una voz a su espalda.

Las dos túnicas blancas inclinaron ostensiblemente sus cabezas mientras él se giraba para poder ver a quien daba las órdenes.

No prestó atención a su aspecto, al brioso corcel negro que montaba, ni a los ojos del halcón con las pihuelas cubriendo sus afiladas garras, pues los rayos del Sol se dirigieron hacia la empuñadura protectora de una espada curvada, haciéndola brillar con una intensidad cegadora.